

partidos políticos nacionales (1990). El escenario local fue variando desde los temores de Vinicio Cerezo, la anuencia condicionada de Serrano, los primeros acuerdos con De León y el éxito final con Arzú.

En El Salvador, el recorrido fue más breve e intenso. El acuerdo suscrito el 15 de septiembre de 1989 en México entre la representación del Gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), para iniciar un diálogo que condujera a la firma de la paz, fue elevado como solicitud a la ONU. En octubre de ese año, el Secretario General informó a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad y se autorizó buscar por la vía política un fin a la guerra civil. Los esfuerzos del representante señor Álvaro de Soto fueron decisivos durante todo este período.

De los numerosos encuentros habidos entre los contendientes guatemaltecos, sólo empieza a ser importante por la formalidad del formato alcanzado, el acuerdo suscrito en Oslo en marzo de 1990, que puede ser considerado como el inicio directo de las conversaciones de paz. Seis años habrían de pasar para que éstas alcanzaran un final exitoso. Es distinta la experiencia salvadoreña. En efecto, con el Acuerdo de Ginebra, del 4 de abril de 1990, se señalaron cuatro objetivos a alcanzar y un cronograma de trabajo: finalizar el conflicto por la vía política, consolidar la vida democrática, garantizar el respeto a los derechos humanos y reconciliar a la sociedad salvadoreña. En Guatemala, sólo el acuerdo de marzo del 10 de enero de 1994 pudo alcanzar una precisión razonable similar.

Estas diferencias en el tiempo son de orden cualitativo. Expresan la distancia que se establece entre la intención política de negociar y la decisión práctica de hacerlo, medida en términos de resultados. Es la distancia que mide la voluntad de los hermanos enemigos para entenderse, cuando los logros concretos, firmados, van expresando paulatinamente el nivel de confianza, el convencimiento civilizado de la inutilidad de la pelea, cuando los costos de la guerra son mayores. En los dos años y medio que se demoró el proceso salvadoreño y los siete años y medio del guatemalteco, aparecieron ciertas condiciones que tienen que ver con la manera como se constituye el conflicto o la guerra y la naturaleza íntima de los contendientes. Estas son diferencias claves que por la brevedad del espacio disponible, formulamos de la siguiente manera:

a) Aparece de manera decisiva en el horizonte internacional, la voluntad norteamericana en su política exterior de acabar lo más pronto posible con aquellos conflictos en que están involucrados directamente como resultado de su enfrentamiento con la URSS. Las guerras de Angola, Mozambique, Cambodia, Etiopía, Laos y Nicaragua terminan cuando el apoyo a una de las partes se acaba. Hubo una «mercenarización» repugnante en las llamadas «guerras de baja intensidad» (así llamadas hipócritamente para aludir a las guerras del subdesarrollo) que son aquéllas

donde los intereses norteamericanos no son defendidos por norteamericanos sino por nacionales que los representan. La intensidad es alta en la sociedad lastimada. En El Salvador, el cálculo de Córdova es que proporcionalmente murieron cuatro veces más salvadoreños que norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial.

El Ejército salvadoreño a partir de 1981 creció cuatro veces en número y fue abundantemente armado y teledirigido por los Estados Unidos, cuyos esfuerzos financieros, técnicos y logísticos no fueron suficientes para que las Fuerzas Armadas de El Salvador (FAES) logaran la victoria. En la década de los ochenta, el gobierno de El Salvador recibió de los Estados Unidos 3.919,3 millones de dólares como asistencia militar y una parte menor como ayuda al desarrollo. En esa cifra no se contabilizan los gastos de la misión militar, que llegó a estar integrada por un medio centenar de oficiales comprometidos directamente en la conducción de la guerra. Nótese que lo que era fuente de vigor, se convirtió en debilidad en el momento de negociar.

En efecto, la dependencia financiera y técnica del exterior fue el factor decisivo en la obligada obsecuencia de los militares salvadoreños para aceptar, primero, las negociaciones y luego, los términos de la paz. Las posibilidades de presión norteamericana sobre los militares guatemaltecos fueron distintas; es desconocida pero, por un simple ejercicio deductivo, se entiende que debió ser menor pues el ejército guatemalteco tenía una dependencia externa marginal en los últimos años. Consideradas ambas situaciones, es diferencial el efecto de la presión externa cuando la guerra se va perdiendo que cuando se va ganando.

b) En segundo lugar, es importante reconocer, aunque sea de una manera muy superficial, los cambios que ocurrieron en la naturaleza de los actores sociales dominantes y sus intereses, la manera como esas fuerzas sociales estuvieron presentes en el origen del conflicto o en el momento de su negociación. En la coalición de intereses sociales predominantes en los años setenta, en ambos países, eran decisivos los intereses de la llamada oligarquía terrateniente, los agroexportadores y en general los propietarios de tierras vinculadas a la producción agropecuaria, cuya vocación autoritaria ha sido señalada como causa de exclusión y pobreza.

No debe olvidarse que el conflicto se libró en el campo, la masa combatiente era campesina, los programas de la guerrilla expresaron los intereses por la tierra de estos sectores y que la movilización campesina fue el mayor desafío experimentado nunca antes por el orden oligárquico tradicional. Nuestro análisis es que los intereses terratenientes se debilitaron en el curso de la guerra, más rápida y profundamente en El Salvador que en Guatemala, y esa debilidad es importante políticamente en el curso de la negociación. Al fin y al cabo, ésta es un regateo político

donde influyen las fuerzas más poderosas del escenario nacional, lo que explica en buena medida el desigual contenido substantivo de los diversos acuerdos.

Habría que examinar cómo se fueron moviendo en estos años tres factores que según el sociólogo norteamericano Rueschemeyer explicarían la conducta política de las élites agrarias. Dicho muy rápidamente, se puede examinar el debilitamiento de la oligarquía en su poder de clase, en el poder del Estado y en las estructuras internacionales de poder.

Con respecto al primer aspecto, recordemos que la concentración de la riqueza y el control de la mano de obra, abundante (raíces del poder de las élites agrarias), se atenuó en El Salvador a partir de la aplicación, en dos fases, de la reforma agraria, por la Segunda Junta Cívico-Militar en 1980, la nacionalización de la banca y de las instituciones del comercio exterior, en 1982 y por los efectos de la guerra en el sector cafetalero. Con respecto al segundo punto, el fin del control militar del Estado desde 1979 debilitó la influencia que por más de medio siglo tuvo la oligarquía. Con respecto al tercer punto, la globalización y los cambios en la demanda internacional hicieron girar la influencia dominante a los intereses financiero-comerciales-especulativos y a nuevas formas de inserción en el mercado internacional. Por si esto fuese poco, en El Salvador, las remisiones de dólares son casi el doble del valor de las exportaciones de café, que ocupan desde hace años un tercer lugar.

Durante los largos años del conflicto guatemalteco, la economía no se afectó nunca sino hasta comienzos de los años ochenta, como resultado de la crisis de la deuda externa. Durante los veinte años anteriores, los índices de crecimiento fueron, como promedio, superiores a cualquier época. En cambio, la guerra en El Salvador afectó profundamente la economía, que además coincidió con la aludida crisis de los ochenta, que fue común a toda América Latina. Las zonas de conflicto ocuparon más del 40% del territorio nacional y la producción en general se estancó entre 1981 y 1987; en esa década el producto per cápita experimentó una caída del 15%, el valor de las exportaciones se contrajo en un 50%, etc.

Las clases propietarias no perdieron con la guerra ni en Guatemala ni en El Salvador. Por el contrario, hubo síntomas claros de que la violencia fue funcional a la concentración del capital, pero ya no en manos de la clase terrateniente. De nuevo los cambios en el mercado internacional redefinen la importancia de las viejas ventajas comparativas y de los productos tradicionales de exportación. Hay una emergencia en el interior del sector privado de nuevos actores/intereses, vinculados al capital internacional financiero, o a nuevos mercados.

Las consideraciones anteriores tiene un sentido preciso en tanto no se ignora que la negociación es un juego de fuerzas políticas, un cambalache entre intereses dominantes: la coalición política previa a la guerra, la

alianza del ejército con intereses terratenientes apoyados, en el ámbito de la guerra fría, por los intereses norteamericanos, se va descomponiendo. El «estilo» de hacer política con violencia para excluir, la política de la dictadura militar se va terminando en ambos países a la mitad de los ochenta con las erráticas aperturas democráticas. Nótese que concurrir a elecciones sin fraude, aceptar las reglas democráticas de la competencia libre y de la organización popular, contrasta con la tradición brutalmente autoritaria del pasado. La conclusión no es que la democracia deja fuera del juego a la oligarquía sino que la obliga a adaptarse a un juego donde cuentan también otros factores. Por eso, los resultados son distintos en Guatemala y en El Salvador en relación a los acuerdos de paz.

Estos elementos definen también el escenario de las negociaciones. Conforman los rasgos locales del mismo y explican los diferentes resultados que se alcanzan con la paz. En El Salvador el *vacuum* político en el grupo dominante lo resuelve el genio de clase con la fundación urgente de su partido, ARENA, partido político que nació para triunfar. Son los intereses genéricos de la derecha que se preparan para pelear en *terra incognita*, la democracia, y a dialogar. No es la Democracia Cristiana sino ARENA quien negocia con la izquierda, porque sabe ceder y exigir. Y porque ahora, en este partido, las fuerzas de la oligarquía tradicional pesan menos.

La situación es distinta en Guatemala, donde la élite agraria no sufrió el experimento reformista de nacionalizar las herramientas claves de la sociedad agroexportadora, ni se aplicó ninguna reforma agraria, ni la guerra profundizó la crisis económica en el campo. De hecho, sucedió todo lo contrario. También la coalición anticomunista que generó el Estado contrainsurgente, en los años sesenta, se empezó a descomponer a comienzos de los ochenta. Al igual que en El Salvador, pero por motivos distintos, la santa alianza se va disolviendo al intentar legitimar y volver civil el poder gubernamental, pero reteniendo importantes cuotas de poder en el Estado.

A diferencia de aquel país, en Guatemala ni el Ejército se reveló incapaz de derrotar a la guerrilla ni las clases agrarias sufrieron el escalpelo del reformismo. La debilidad de éstas ha sido su incapacidad para alcanzar la debida representación política, tal vez porque el CACIF es un actor encargado de hacerlo. Ni la DC, ni el MAS, ni UCN pudieron tener la representación debida. El PAN, de una derecha más moderna, tuvo, aún antes de llegar al gobierno, la audacia de buscar la negociación y de llevarla a feliz término.

c) En tercer lugar, es importante mencionar el papel que han jugado los otros actores, las organizaciones sociales, los partidos políticos, los intelectuales, en fin, los numerosos sectores que forman la sociedad civil, entendida como el universo de lo privado donde se constituyen las